

Un alcatraz atlántico inmaduro, pescando.



Octubre

Efemérides

El reloj de la Naturaleza por L. M. Arce

2011 SEMANA 41

JUEVES

13

Faltan 69 días para el invierno.

Santos: Celedonia, Eduardo, Marcial, Teófilo, Venancio y Carpo.

**Sucedió en Asturias. 1659:** Felipe IV concede a Álvaro Queipo de Llano y Bernardo de Quirós el título de conde de Toreno. **1775:** Nace en Buelna (Llanes) el militar y escritor Francisco Bustamante y Rivero, que llegó a ser brigadier en el Cuerpo de Ingenieros Militares. **1819:** Nace en Avilés el médico y botánico

Eduardo Carreño Valdés. **1932:** Surge el coro Capilla de Santa Cecilia, en manos de Leopoldo Prada Martínez. **1936:** La catedral de Oviedo padece las consecuencias de los bombardeos de la Guerra Civil. **Y además... 2008:** Juan José Millás gana el Premio Nacional de Narrativa.

De pesca

La migración de los alcatrazes atlánticos –que atraviesa su ecuador– resulta muy espectacular en las jornadas más favorables, cuando pasan miles de aves por hora y es fácil observarlas en sus acciones de pesca, con vertiginosos picados que ejecutan desde gran altura, en ocasiones hasta 40 metros.

## El laberinto copto

La minoría cristiana denuncia que, tras la revuelta egipcia, su situación es mucho peor y que ya nada aplaca al integrismo, ni la política de apaciguamiento de su patriarca



Miquel SILVESTRE

Recorro el mundo en moto para encontrar historias. Historias reales. Historias sin adulterar. Por eso he visitado las comunidades cristianas de Asia Central, Persia, Mesopotamia, Oriente Medio y el Magreb. He entrado en sus iglesias, he compartido su comida y he escuchado sus palabras. Y como cantaba un grupo de rock, esa historia es verdad, y como todas las que son verdad, es una historia triste. Una historia que muchas veces olvidamos por ignorancia o comodidad.

Hasta el siglo VI, el cristianismo se extendió desde el Mediterráneo hasta la India. Pero en el VII los árabes derrocaron a los bizantinos y persas. Penetraron en África, Europa y Asia. Vencieron militarmente, pero no consiguieron extirpar el cristianismo. Hay asirios, caldeos, maronitas, católicos y ortodoxos en casi todos esos países que consideramos de fe islámica. No quieren irse, aunque en algunos lugares, como en Irak, lo está consiguiendo el terrorismo. En el Kurdistán iraquí conocí las tristes casas prefabricadas donde se almacenan las vidas sin futuro de miles que huyen de Bagdad o Mosul.

Los coptos temen ese futuro. El Gobierno egipcio estima su número en un 10%. Cifra que tachan de incierta. Para ellos, que se consideran descendientes de los faraones, estaría alrededor del 25%. Los sucesos de Edfu, donde una turbamulta destruyó una iglesia ante la pasividad del gobernador, y El Cairo, donde los blindados embestían a una multitud desarmada, no son hechos aislados. La situación se está agravando. El 1 de enero explotó una bomba en Alejandría durante la misa de Año Nuevo. Poco después Occidente se alborozaba con las revoluciones en el mundo árabe. Contemplé los movimientos con escepticismo. Como me dijeron mis acompañantes iraníes un día Tabriz, al ver unas niñas mendigando, revolución es sólo una palabra. Una palabra, añado yo, que puede significar cualquier cosa.

¿Qué significa hoy para los coptos? Más inseguridad. «Antes estábamos mal», comenta un copto al salir de misa, «pero ahora estamos peor».



Una ceremonia religiosa en la gran catedral de Luxor, que se levanta en la Vía de las Esfinges.



Al fondo, un policía con Kalashnikov ante la puerta de la sacristía.

Es cierto, no hay mejora. La misma burocracia interminable, la misma suciedad en las calles, la misma corrupción generalizada. El sistema persiste como una hidra. Mubarak era sólo un síntoma. La enfermedad, en realidad, se llama Egipto. Y para los coptos, la gangrena generada parece querer comérselos en una nación de creciente integrismo.

La omnipresencia islámica es total. En este país es frecuente un signo de religiosidad que no he visto en otro lado: el callo del creyente. Una rugosidad que brota en la frente de los fieles que frotan obstinadamente sus testas contra el suelo cada vez que se arrodillan a rezar. Funciona como un visible signo de distinción. Aunque también los coptos se distinguen visiblemente. Llevan una cruz tatuada en la muñeca. Es fácil reconocer sus negocios por las imágenes de santos ortodoxos que los adornan. Nadie se esconde.

«¿Por qué habríamos de hacerlo?», contesta el dueño de un hotel. «Es nuestro país. Sólo queremos nuestros derechos. Llevamos siglos callados, aguantando humillaciones, pero las cosas están llegando a un punto intolerable. Quieren que nos vayamos. ¿Adónde? Es mi casa y mi negocio».

Curiosamente, el país parece necesitarlos más a ellos que ellos al país. Como cuenta un pequeño comerciante de Luxor, la función pública cada vez se cierra más a los cristianos. «El Gobierno de Mubarak sólo contrataba musulmanes». En el largo deambular por dependencias públicas para importar mi motocicleta sólo encontré un cristiano: el ingeniero responsable de la inspección técnica de vehículos en Alejandría. Los coptos suelen autoemplearse en pequeñas empresas. Son emprendedores que hacen que el país funcione, que aún se paguen impuestos en un Esta-

do con déficit crónico y una alarmante bajada de los ingresos por turismo.

¿Qué va a suceder a partir de ahora? El patriarca Shenouda III ha mantenido una política de apaciguamiento hasta el punto de haber condenado al Estado de Israel por su actitud en Palestina y vetado a sus fieles la visita a los Santos Lugares. Sin embargo, nada ha sido suficiente para aplacar al integrismo. Las cosas han llegado demasiado lejos. Aunque nadie se plantea una respuesta armada. «Somos gente pacífica. Nosotros no matamos», asegura una mujer en el patio de la catedral de Luxor. Pero la paciencia se ha terminado.

También su esperanza en Occidente. «No han hecho nada por nosotros», dice uno de los barbados sacerdotes de la gran catedral cuyos cimientos se hundían en la Vía de las Esfinges. ¿Y qué van a hacer?, le pregunto. El padre me mira con unos profundos ojos negros. «No confiamos en nadie», dice, «Ya no. Nuestro patriarca y su sagrado consejo han decretado que guardaremos silencio. Durante tres días ayunaremos y rezaremos. Será Dios quien hará algo para ayudar a su gente».

Salgo de la sacristía. Veo a los fieles, huelo el incienso, escucho la profunda letanía de antiguos ritos. Un viejo sacerdote bendice a una multitud asustada que busca en sus hombros de fe una respuesta. El sol ciega. Los policías de la puerta me saludan afablemente Kalashnikov en ristre. Creo que esta vez se han agotado los milagros. El mar Rojo hace mucho tiempo que se cerró. Por el bien de todos sus hijos y del futuro de Egipto, espero que aún quede abierta alguna salida al laberinto de los coptos.

## Sólo será un minuto Momentos



Tino Pertierra

**Rosa:** «Leo en un muro de Facebook una cita que no sé si es cierta o es falsa o es cierta pero de un autor distinto. Es lo malo de internet, la información lo inunda todo y se ahoga a sí misma. Pero, cierta o no, me vale y me gusta: "Nuestras vidas terminan el día que guardemos silencio sobre las cosas que en realidad importan". Y lo dijo, quizá, Martin Luther King. Está bien decirse esas cosas en los tiempos que corren, cuando los silencios nos delatan y nos ensordecen. Reflexión para después del soso desayuno integral: eso de que los malos siempre reciben su merecido se lo inventó algún guionista malo de Hollywood. La vida real no tiene finales tan felices nunca. Reflexión en el coche, embotellada en un atasco maloliente: sólo hay algo más hermoso que la verdad: la fantasía. Y a ella me dedico para sobrevivir a tanto coche y a tanto engümeño con el pito en la mano. Me doy una vuelta por la librería. Necesito un libro que no me obligue a pensar y curioso por las torres de best sellers escritos sin pensar. Leo una solapa: una novela trepidante, de lectura adictiva, que engancha de la primera a la última página. Por favor, que alguien prohíba en las editoriales las palabras trepidante, adictiva y enganchar. Por favor. Esfuércense más. Las personas importantes no se encuentran. Te encuentran. Eso es lo que pienso cuando me canso de la gente que me rodea. ¿Es una prueba de resistencia? ¿Un castigo? Hace más de dos años que nadie importante me encuentra. Tal vez no merezco ser buscada. Toca momento victimista. Si haces un favor a alguien, procura que no se entere. Nunca te lo perdonará. Eso fue lo que me dijo mi padre cuando le atravesó de lado a lado la traición de su propia hermana, a la que había ayudado por encima de sus posibilidades cuando ella y su marido atravesaron una racha devastadora. No hice mucho caso a su consejo y bien que lo lamento. Me habría ahorrado muchas decepciones con gente a la que llegué a querer. La decepción te debilita y te fortalece a la vez. Se parece al amor, imita al desamor».

5 Jueves, 13 de octubre

La Nueva España

EasyClean 360°  
**LA FREGONA GIRATORIA**  
 QUE EVITA QUE HAGAS ESFUERZOS